

## Despedida

Queridos socios:

Con este correo, y con el acta de la Asamblea celebrada en el Congreso de Zaragoza el pasado 10 de septiembre, concluye mi labor como secretario de la Asociación de Historia de la Lengua Española. No acaba, ciertamente, mi presencia en la Junta, fui elegido vocal (ya sabéis que no hubo necesidad de votación en este punto), y luego la nueva Junta Permanente me eligió para la vicepresidencia que había dejado vacante Jesús Bustos al pasar a presidente de la Asociación.

Aquí van, pues, las palabras que debí decir en su momento en la Asamblea, pero que, como ocurre tantas veces, no me salieron cuando y como debían. Al fin y al cabo, los historiadores de la lengua, los que ya tenemos cierta edad, somos más de la escritura que de la oralidad. Qué se le va a hacer, deformación profesional.

Han sido quince años de trabajo grato, uno de las tareas anejas a esta profesión en la que me he sentido más a gusto. Con los vocales que han ido formando parte de las distintas Juntas, con los presidentes (primero D. Manuel Alvar, luego mi querido Humberto, para quien solo tengo palabras de elogio, porque ha sido un magnífico presidente, siempre atento, siempre dispuesto, siempre dejando actuar), y, cómo no, con mi querido tesorero Antonio Salvador con el que he formado una pareja de hecho de tareas perfectamente repartidas y compartidas (las listas, los dineros...). No sé si esta labor es de las que reconocen nuestras cicateras agencias de evaluación de las calidades universitarias. Pero confieso que es una de las que más me ha llenado en mi quehacer académico, pues considero que con ella he ayudado, poco o mucho, mejor o peor, o mantener viva y pujante nuestra disciplina, esa Historia de la Lengua Española, de la que me enamoré perdidamente y para siempre a comienzos de la década de 1970, cuando me tropecé en la Universidad Complutense con un profesor llamado Rafael Lapesa. Bastantes de entre vosotros me habéis dado las gracias por este trabajo. Soy yo quien debe darlas, por haber podido estar todo este tiempo trabajando para la Asociación y para la Historia de la Lengua Española.

La Asociación queda en buenas manos. Y en lo que más de cerca me toca, el nuevo secretario, José Antonio Bartol, sé que lo hará estupendamente, mejor que yo, porque viene con nuevas ilusiones y nuevos proyectos. Quince años en un puesto como los que yo he tenido son muchos, demasiados, crecen la rutina, la falta de impulso, el gusto por los caminos trillados. La Asociación necesitaba renovarse, y creo que la combinación de experiencia y novedad que aporta José Antonio será magnífica para sus futuros derroteros.

Finalmente, solo os pido que colaboréis con la nueva Junta, sobre todo con los que están más al pie del cañón, secretario y tesorero, como lo habéis venido haciendo estos años, o más aún. Sabéis que hay muchas cuestiones de detalle que hay que manejar: listas, direcciones, cuentas, control de pagos... Si entre todos facilitamos la vida de nuestros gestores, mucho mejor le irá a la Asociación, y por ende a todos nosotros.

Tenemos una Asociación de la que podemos sentirnos orgullosos: diez Congresos celebrados con una regularidad impresionante, sus Actas publicadas con igual ritmo, Actas que hoy constituyen una referencia ineludible para todo estudioso de la historia de nuestra lengua. Hemos logrado integrar a jóvenes investigadores, para quienes hemos sido, y somos, un foco de atracción, pero conservando a los antiguos y más experimentados. Pero no olvidemos que nuestra Asociación aún no tiene la solidez de otras más antiguas o más extensas (como la Société de Linguistique Romane o ALFAL). No es que sea una flor de invernadero, no, pero hay que cuidarla para que el magnífico trabajo desarrollado todos estos años no se pierda. Y ese cuidado no solo at  ne a la Junta, no solo al presidente, al secretario, al tesorero. Nos at  ne a todos.

Queridos socios, un fuerte abrazo (mejor dicho, uno a cada uno) y seguimos en contacto.

Rafael Cano Aguilar